

Granada, ciudad de la inteligencia

FERMIN CAMACHO EVANGELISTA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD Y NUMERO DOS DE LA CANDIDATURA DEL PP AL AYUNTAMIENTO DE GRANADA

CUANDO en 1993 el canciller alemán Helmut Kohl estuvo en Granada con motivo de la Cumbre Hispano Alemana, y durante la visita que hizo al Carmen de los Cipreces, extasiado el político alemán ante la vista de la Alhambra sobre la ciudad, con esa capacidad de análisis que tienen los alemanes, preguntó a sus acompañantes: «¿Was ist Granada?» (¿Qué es Granada?).

Sin duda, el canciller detectaba algo inaprensible en el ambiente que le llevaba a dudar —él, que como buen político es persona de percepciones rápidas— de algo que se escondía tras el rostro de nuestra ciudad.

La pregunta tuvo cumplida respuesta: se la dio Francisco Fernández Fábregas —uno de los granadinos que rigen a Europa (de éste y de otros eurogranadinos importantísimos tenemos que hablar en otra ocasión)—, que dijo: «Canciller, en Granada, hoy por hoy, nos quedan pocas fábricas y la agricultura va en regresión al haberse destruido con la circunvalación y con bloques de edificaciones la feracísima Vega. Canciller, el patrimonio de Granada es la inteligencia».

Ante la atónita mirada del presidente del Gobierno español, siguió diciendo Fernández Fábregas: «Señor Kholn, Granada es la ciudad europea con más densidad de inteligencia de Europa, con un enorme potencial cultural hoy desaprovechado, Granada es la ciudad donde hay más pintores, más poetas, más músicos, más escritores —en suma—, más intelectuales por metro cuadrado del mundo».

Volvió a mirar el canciller a la Alhambra y a la ciudad, colocó la mano derecha en el mentón y movió la cabeza lentamente, reflexionando. Se produjo un mágico silencio y Kholn, solemne como siempre es, con la voz grave que de él conocemos, y pausadamente repitió: «Granada ist die stadt der intelligenz» —y apostilló— «Granada tiene todo el futuro del tercer milenio».

Y, nos preguntamos nosotros: ¿por qué Granada es la ciudad de la inteligencia, por qué su futuro inmediato?

Quizá —podríamos decir— porque Granada es una ciudad universal, porque Granada no es sólo un conjunto de calles rectas o torcidas, anchas o estrechas, de casas altas o bajas, de plazas o tejados, sin que, como dijo Spengler: «es que los meros nombres de Granada, Florencia, Venecia, evocan, al punto, una imagen precisa; porque todo cuanto una cultura produce en arte y civilización ha sido en ciudades semejantes».

Efectivamente, Granada —cuyo nombre romano fue Illiberis Florentia, como la ciudad de los Médicis, Miguel Angel y Leonardo— ha sido siempre, o más exactamente casi siempre, porque a veces los granadinos traicionan su destino, una entidad vital, plétórica de iniciativa y capacidad creadora.

Granada, cargada de bellezas y de historia y abierta a un paisaje que tan bien ha descrito Gonzalo Moreno Abril, presidente de Granada Nuestra, Asociación que convendría revitalizar, «Granada —dijo— goza de una situación sin par en el mundo».

Decía Gallego Burín que tan unida está Granada al paisaje sobre el que se recuesta, que se diría ser un accidente más de él, hacia el que confluyen sus casas y sus calles, como queriéndose disolver en la luz. «Granada es el Damasco de Al-Andalus —dirá Mohamed el Securdi, en 1231— pasmo de los ojos y elevación de las almas». Este es el marco ideal y consustancial para la creación y el espíritu.

Conquistada Granada, los Reyes Católicos primero y luego la reina, doña Juana, en 1515, protegerán la conservación de la ciudad y de la Alhambra.

Y desde la Real Cédula hasta hoy, léase Contreras, Torres, Balbás, Bermúdez, Prieto Moreno, López González, Gallego, etc., para saber lo que, siglo tras siglo, reclamó de mimo el recinto nazari. Con la Toma de Granada se produjeron sustituciones: mezquitas transformadas en iglesias, el fondak del Carbón en Alhóndiga y la Madraza o escuela coránica en Ayuntamiento. A las afueras de la ciudad se construyeron la

Real Chancillería y el Hospital Real, y en la Alhambra el Palacio del Emperador, el más importante personaje que vivió en Granada y del que arranca, en buena parte, la ciudad real y la ciudad mítica que ha llegado hasta nosotros. Hoy, en los viejos grabados de los siglos XV y XVI —tan cuidadosamente editados por Francisco Izquierdo en los *Papeles del Carro de San Pedro* —en las estampas de la *Weltchronik*, de Hartman Schedel, o los debidos al punzón de los Heylan o Hoefnagel en *Civitates orbis terrarum*, o en la *Plataforma de Vico* de 1590, vemos aquella ciudad ideal. Los relatos de viajeros alemanes o italianos, como Jerónimo Münzer (1494) o Andreas Navagiero (1525) nos ilustran sobre la vida de la urbe y aquella Granada que careció de Edad Media cristiana, alumbró un Nuevo Mundo, cuando ya Granada era ella misma el Nuevo Mundo del Viejo Continente, lo nuevo de Europa.

Esto, que parece tan sólo erudición histórica no es tal, sino que nos conduce a desentrañar el ser de Granada.

¿Qué es, pues, Granada? Granada ha sido siempre innovación, originalidad, vanguardia en el Mundo: vanguardia en la convivencia de pueblos y culturas; vanguardia en Europa como novedad en la Cristiandad, que se realiza el 2 de enero de 1942 para compensar la caída de Constantinopla a manos de los turcos, vanguardia esta vez para el Mundo a partir de las Capitulaciones de Santa Fe y el Descubrimiento de América.

Ya tenemos una conclusión: Granada,

para ser fiel a su destino, tiene que ser vanguardia —no cueva, no caverna, no una ciudad adormecida o casi muerta como la Brujas de Orfembach.

Belleza, paisaje... Pero, ¿basta con el marco incomparable? No y mil veces no, porque lo más importante de Granada es su gente. ¿Qué gente? ¡Todos, naturalmente, y durante siglos! Ya sea Ibn-Jaldum o Ibn Zamrak o Ibn-al-Jatib sobre los que investigó mi amigo Jacinto Bosch; ya sea la Corte latinizada y renacentista, con Beatriz Galindo y Pedro Martyr del Angleria o el Conde de Tendilla o el negro Juan Latino; ya sea el emperador con su proyecto de asentar en Granada su Corte europea, o los Nebrija, imprimiendo cerca de la Puerta de Fajalauza, o Luys de Narváez, vihuelista de *música milagrosa* que acompañará al emperador de Alemania y que nos conviene pensar que el arte de las *diferencias* del músico granadino, corriendo el tiempo, tendrán algo que ver con las *variaciones* de Juan Sebastián Bach. O serán Boscán y el *cortesano* Castiglione hablando en el *Generalife del metro al itálico modo*, o el pintor Bocanegra en su taller del Albaicín, o el dulcísimo Juan de la Cruz en el Carmen de los Mártires, o el loco de la caridad Juan Ciudad...

No voy, siquiera, a intentar un inventario de la inteligencia de Granada. Tampoco ha de tocarse (*así es la rosa*) lo que recreó Emilio Orozco o estudiaran Gómez Moreno o los Gallego Burín, o Gallego Morell, o Sánchez Mesa, o Ignacio Henares, o revivieron Marino Antequera, o Enrique Pa-

dial, o Manuel Orozco, o Pepe Ladrón de Guevara, o los archivos de partituras que espigaron el P. López Caló, o Germán Tejerizo, o Reinaldo Fernández Manzano, o los pentagramas sobre los que compusieron García Román o Juan Alfonso García...

En esa *Granada de la inteligencia*, que es cultivada a la vez que popular (a los nombres que he dado podría oponer tantos más de granadinos anónimos, que son empleados, funcionarios, artesanos o chararros, o cantaores de flamenco, de antes y de ahora), en esa Granada, repito, está también la Universidad, de la que un día habrá de escribirse sobre su *verdadero Siglo de Oro*, siglo que está muy próximo a nosotros, ya que en realidad ha sido el tiempo de los maestros de mi generación y de la anterior, maestros en diáspora de su saber por universidades españolas o extranjeras. Piénsese en Fernando de los Ríos, en López Neyra, en Bernabé Dorronsoro, en Pabón, en Alfonso García Valdecasas, en Torres López, Pérez Serrano, Antonio de Luna, Olóriz, Martín Lagos, Guirao, Ossorio, Gómez Arbolea, Motos, Prieto Castro... y tantos que es cosa de callar y casi ni debe advertirse en que no hago inventario ni intención incluso de aproximación.

Angel Ganivet, el gran enamorado de Granada —como nosotros—, preocupado por el derrotero que podía seguir la ciudad, exclamaba en 1896, hace ahora cien años: «Mi Granada no es la de hoy; no es la que fue y debiera ser. Lo que ignora es si un día será».

Apostamos a que Granada sea ese referente innovador e ilusionante, *Capital europea de la cultura*, no sólo por un año, sino de manera estable como lo fue siempre.



Injusticia en curso

DIóGENES

DECIA Willy Brandt que permitir una injusticia significa abrir el camino a todas las que siguen.

La reflexión del ex canciller alemán es aplicable a una casuística muy amplia, aunque en España encuentra respaldo en demasiados ejemplos. Desde que se aprobó la Constitución del 78, la historia de ETA está plagada de injusticias no compensadas, empujando por la *aportación* que

la banda terrorista hizo a la consolidación del sistema de libertades, poniendo encima de la mesa, entre 1979 y 1980, la mayor cifra de muertos de su historia. Y aunque el recuerdo del pasado no siempre ayuda a resolver el futuro, lo que sí conviene es no olvidar. Porque si borramos completamente de nuestras mentes aquellos sucesos, corremos el riesgo de no saber interpretar

el presente. Un presente que nos revela una realidad plagada de injusticias que afectan a personas a las que empezamos a dejar de la mano de Dios.

Es cierto que el fin del terrorismo exigirá en su momento un ejercicio de olvido social generalizado. No será, además, la primera vez. Pero esa evidencia tiene que ir acompañada por compensa-

ciones morales que afectan al ámbito individual. Ya veremos, cuando acabe por desentredarse el laberinto judicial en el que nos encontramos, quién compensa a los inocentes. Eso sin contar con que ya hay injusticias en curso, para las que difícilmente se encontrará consuelo. Que se lo pregunten a Rafael Vera, que lleva en prisión más tiempo que los responsables de un conocido secuestro de ETA.